

I. LLOPIS EN CONTINUADO

"NOSOTROS, ELLAS Y EL DUENDE". Prólogo y tres actos de Carlos Lloplis. Dirección de Julián de la Cantera. Escenografía de Pedro Alonso. Elenco del Teatro Celta en el Centro Gallego.

"LA CIGUEÑA DIJO SI". Dos actos de Carlos Lloplis. Dirección de Carlos Tolve. Escenografía de Humberto Tomeo. Iluminación de Luis Zipitria. Elenco de la Cooperativa Uruguaya de Artistas Profesionales en el Stella D'Italia.

Cinco horas corridas de Carlos Lloplis parece algo más de lo que un ser humano puede soportar, no porque se trate de textos demasiado pensados, sino justamente lo contrario, porque la levedad de este español termina por resultar demasiado dulzona y empalaga. Lloplis explota la comedia tradicional e intrascendente española, con habilidad para hacer correr las situaciones y una búsqueda del humor más simple y directo. No por eso es vulgar, y el mayor reproche que se le puede dirigir es el de sus tipos convencionales, sus ideas convencionales, sus recursos trillados, dentro de un prudente buen gusto burgués.

Lloplis no alcanza la flexibilidad y la invención de un López Rubio, y ninguno de ellos la de un Casona. Testimonian los tres la escasa vitalidad del teatro español moderno. Pero encarados como un simple pasatiempo, consiguen que corra el tiempo, a la espera de una resolución que sospechamos desde el comienzo.

Con "Nosotros, ellas y el duende" Lloplis obtuvo su mayor éxito, inventando esta familia cruzada que luego volvió a explotar en "La cigüeña dijo sí" con la evidente intención de crear una serie destinada a los menores tropiezos de la vida hogareña. Si en la primera hay interés, por los personajes y sus enredos, en la segunda es evidente el esfuerzo del autor por hacerlos actuar y enredarlos en una intriga que tenga algo de simplicidad. Cuando se ven de corrido ambas piezas se comprende que la pedería cómica puede ser en el fondo muy triste y bastante penosa.

El espectáculo del Teatro Celta evoca el primitivismo de nuestra escena, por sus escenarios prefabricados, su iluminación, sus muebles de escaparate, lo elemental del juego escénico que condena a todos a la inmovilidad. En buena parte consecuencia de la pobreza de medios, con que este conjunto inicia su trabajo, las dimensiones del escenario y también por la falta de un director atento a estos aspectos del teatro.

La actuación fue impostada en un tono español que permitió diversas pronunciaciones, acríolladas o españolizadas, pero que le dio a la comedia su aire original donde la comicidad es más efectiva. Tuvo sobre todo una interpretación comprensiva y afinada de Anita Rodríguez Lalsalle, que tiene amplios recursos de comediante. En cuanto a Julián de la Cantera aplica un estilo interpretativo que contrasta con el de sus compañeros, con abuso del redoblar de las frases, de gestos confusos y de contraescenas que a veces parecen desconcertar a los actores menos experimentados, dejándolos en blanco. Es un estilo ya desaparecido de nuestros escenarios y que cultivó mucho la comedia argentina; no parece justificada su perduración.

El equipo de CUDAP, en cambio, optó por el tono natural del teatro criollo, abordando un texto de menos eficacia reidera y al que tampoco pudo hacer valer más de lo que él vale. Aquí resultó más cuidada la escenografía (con un diseño moderno de Tomeo), la iluminación y el movimiento escénico. Se demostró la existencia de un director, Carlos Tolve, con un ponderable sentido de la estructuración escénica de una pieza. La interpretación en cambio fue muy desigual y no superó una corrección desmayada. Merece recordarse una actuación desenvuelta de Blanca Lacoste y algunos momentos del propio Tolve. Pero en general hubo una peligrosa tendencia a la macchietta, a subrayar las intenciones, sobre todo las malas, y a sustituir los efectos cómicos derivados de las réplicas, por gestos bruscos y acciones directas.

De este modo, en una sola tarde pudo verse cómo se pasa de la comedia ligera española al sainete criollo, que aunque géneros cercanos, deben deslindarse, dándole a cada uno su cuota de desventuras personales.

Se trata de las primeras armas de dos conjuntos formados en su mayoría de profesionales. Conviene saludar su incorporación a los escenarios como un hecho que enriquece la actividad teatral nacional, y advertir desde ya sobre los peligros de restaurar lo que llamamos peyorativamente "teatro comercial", cuando se entiende un teatro descuidado y torpe para un público no educado.